

Andoni Cabello

La plaza de Urbina

Una biografía sobre Iñaki Ormaetxea



Título: La plaza de Urbina
Autor: Andoni Cabello
Portada: Esteban Montorio

Edición:
Editorial Txalaparta s.l.
Navaz y Vides 1-2
Apdo. 78
31300 Tafalla
NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
<http://www.txalaparta.com>
Primera edición de Txalaparta
Tafalla, enero de 2004

Copyright
© Txalaparta
© Andoni Cabello

Fotocomposición
Xagu-on
Impresión
Gráficas Lizarra

I.S.B.N.
84-8136-292-1
Depósito legal
Xx



*«Khantuz sorthu naiz eta khantuz nahi bizi
Khantuz igortzen ditut nik penak ihesi»
José Mendiague (1900)*

*«La memoria es a veces frágil, vaga y traicionera
para quien pretende hurgar en ella.
Plasmar estos recuerdos por escrito ha sido
a veces complicado tras los muros que me retienen.
En esa labor han sido fundamentales algunas personas a
las que debo mostrar mi agradecimiento y aquí lo hago.
Gracias a Edurne y a Tere por compartir sus recuerdos;
a Jon y Patxi por todo el ánimo;
a Susana por su impagable labor de secretaria;
a Elena por su crítica estricta;
a Fermín y a Víctor por soportar
mis interminables tostones en el patio».*

A modo de introducción

Iñaki Ormaetxea Antepara nació un 18 de diciembre de 1966 en la casa que su familia posee todavía hoy en Urbina, restaurante de carretera célebre entre los camioneros que recorren la N-240 hacia Gasteiz, Bilbo o Bergara. No puedo recordar cuándo ni cómo nos conocimos, pero él aparece en mi memoria desde siempre, desde nuestras tempranas travesuras por los caminos terrosos del pueblo, con su pelo lacio y claro y su cara redonda, como Viky el Vikingo, el de nuestros dibujos animados. En las frías mañanas del invierno alavés, todos los chiquillos esperábamos al autobús que nos llevaba a la escuela de Legutiano refugiados en el calor del local que Julio Ormaetxea, su padre, abría siempre muy temprano, organizando el mostrador, la prensa diaria y despachando algún que otro aguardiente a algún que otro madrugador. Edurne Antepara, su madre, era la encargada de la gestión y, sobre todo, de preparar los menús que a diario servían en los dos comedores con los que contaba el negocio. A Julio lo recuerdo ya enfermo, mutilado de guerra a causa de la metralla que alguna granada alojó en sus piernas y que lo dejaría cojo de por vida. Edurne, pequeña, con su pelo salteado de canas y sus

vivos ojos tras unas gruesas gafas, era para mí el arquetipo de etxeoandre, del mítico matriarcado vasco que llevaba estoicamente las cargas del hogar y la hacienda. Siete alumbramientos le habían cobrado factura en lo físico, pero aquella mujer poseía, posee, una energía que dejaba atrás a muchos de nosotros. Hoy todavía la veo, avanzada la noche, sentada en su mesa preferida repasando las cuentas, terminando de preparar algún caldo para el día siguiente u ojeando la prensa diaria en el único momento de reposo del que disfrutaba en toda la jornada.

De sus hermanos, mi recuerdo es más vago. Para la época que principalmente aquí se narra, sólo quedaban en casa los más pequeños: Josu e Iñaki. Ramón, el mayor, había hecho su vida en Madrid y venía a Urbina en verano. Fernando, Javi, Gloria y Julita se fueron casando, formando familia y dejando el hogar familiar, aunque su presencia en casa de los padres era frecuente. Cada fin de semana la casa familiar recobraba el espíritu de tiempos pasados en los que todos vivían juntos, y cuando empezaron a llegar los nietos, las comidas familiares de los domingos se convirtieron en todo un acontecimiento en torno a la mesa. La casa, además, contaba con otro personaje que, pese a no ser de la familia, era considerado como tal: Celestino Pesqueira Mosteiro había emigrado hacía muchos años desde su Galiza natal a Urbina, atraído por el empleo ofrecido durante la construcción de los embalses de Urrunaga y Ullibarri. Se alojó como pupilo en El Riojano y allí permanecería el resto de su vida siendo especialmente querido, hasta el punto de apadrinar a nuestro personaje de las fiestas, El Celes, remedo del Celedón gasteiztarra.

Mis recuerdos de niñez los componen pinceladas más o menos nítidas que van ganando brillo y fuerza en los tonos con el discurrir del tiempo. Fueron años de una infancia alegre, salpicada de travesuras, aventuras y desventuras que modelaron su personalidad hasta adquirir plena conciencia de quién era, hasta involucrarse de muy joven en la lucha por la liberación de Euskal Herria. Así, su infancia pasó entre la escuela, la

ayuda en las tareas del bar y las escapadas para hacer travesuras con los amigos en la plaza y en los alrededores del pueblo. Juegos como el hínque, el bote, el balón prisionero, Tresnavíos, Txorro Morro Piko Tallo Ke, cabañas, escapadas al pantano de Urrunaga a chapotear, guerrillas entre bandas... No puede decirse que tuviésemos una infancia dura. Muy al contrario, éramos tan libres como el viento de Gorbeia que curtía nuestra piel y sanaba nuestras magulladuras. El hecho de ser dos años mayor que yo le confería cierta autoridad responsable ante mis padres, a los cuales, la simple mención de haber estado «por ahí» con él les suponía una garantía de no andar «en malas compañías». No puedo negar, por otro lado, que tras el internamiento de mi hermano Patxi en el colegio de los Trinitarios de Algorta, Iñaki pasó a ser una especie de protector para mí, un hermano mayor, y nuestra relación fue nutriéndose en años sucesivos.

Nos criamos juntos, en una aldea en la que todos los niños formábamos un solo grupo, sin importar la edad, en una comunidad en la que compartir era obligado y en la que los lazos de amistad, lejos de ir difuminándose, se veían reforzados con el paso del tiempo. Al mirar al pasado, Iñaki está siempre ahí; unas veces en forma de nítidas imágenes y otras como nebuloso recuerdo en una sucesión prácticamente imposible de situar cronológicamente, pero presente: Iñaki con su brazo roto tras caerse haciendo malabarismos en el kiosco de música instalado en la plaza; Iñaki con su dedo corazón atravesado por un hínque mientras jugábamos en una plaza entonces sin asfaltar; Iñaki con un perdigonazo en la frente recibido jugando a guerrillas en Galtzarra; Iñaki cortando con un serrucho la escayola de su tobillo porque decía estar harto de la convalecencia; Iñaki «robando» los coches a su madre furtivamente en la noche; Iñaki y su romance, su primer romance, platónico y casto con Ana; Iñaki y su alegría cuando sus sobrinos desembarcaban en Urbina; Iñaki y su afición al canto, a la música; Iñaki arrollado por un camión cuando descendía Arlaban en bicicleta a tumba abierta...

La adolescencia la pasamos a salto de barricada y en la pelea por conseguir un pueblo dinámico, con oportunidades para los jóvenes. Iñaki estuvo al frente de todos nosotros en la lucha por conseguir que nuestra voz tuviese eco en las asambleas del Concejo, y en la fascinante aventura de la organización del Gaztetxe y las fiestas. Una vez tomada la decisión de militar en ETA nuestras vidas dieron un vuelco. Primero por la dinámica propia de la militancia, luego por la tristeza del exilio, y finalmente, por la dedicación plena en la lucha por la independencia y el socialismo... hasta su muerte.

Esta biografía, vaya pues de antemano, no es, no puede ser, objetiva y neutral; por dos razones fundamentales: la primera es que su protagonista no lo fue, tomó partido claramente a favor de la independencia y del socialismo para Euskal Herria; la segunda, que quien esto escribe compartió teoría y práctica revolucionaria con él y, evidentemente, resultó «contaminado». Tampoco es una biografía al uso, de las que encuentran exclusivo apoyo en materiales escritos, en fondos bibliográficos o en testimonios de quienes conocieron al personaje. Simplemente está escrita con el corazón. Es el punto de vista personal de alguien que compartió con Iñaki una parte importante de su vida y sobre quien ejerció una influencia indiscutible. Hablo aquí de la historia de nuestro pueblo, de su modo de vida, de algunas de sus gentes, de lo que junto a Iñaki vi y sentí, de momentos que pasaron ante nosotros con tal intensidad que no tuvimos tiempo de asimilar gran parte de lo que protagonizábamos y a los que el tamiz de los años ha proporcionado el sosiego necesario para plasmarlos sin agitación, con el corazón más pausado. Han tenido que pasar diez años desde su muerte para poder sentarme ante el papel en blanco sin estropearlo con lágrimas y dar forma a montones de notas, de anécdotas, de hechos históricos que marcaron nuestra progresiva toma de conciencia hasta integrarnos como voluntarios de ETA. Diez años de silencio, de recuerdo, de reflexión y de impotencia por no haber estado a su lado aquella mañana del 17 de agosto de 1991 en Morlans gritando «Gora Euskadi Askatuta» cuando fue asesinado.

La herida que la noticia de su muerte causó en mi alma aún no ha cicatrizado –no creo que lo haga ya nunca–, y el tiempo transcurrido hasta hoy no ha hecho sino aumentar mi añoranza por lo vivido pero, sobre todo, por lo que no nos han dejado vivir. De su mente, un manantial de ideas, nunca cesaron de fluir proyectos, planes que en su mayoría ya no serán posibles de realizar, simplemente porque él no estará ahí para encauzarlos. Esta década ha sido un periodo de recuerdo y meditación, y lo que en un principio fue ideado como simple diario de notas personal, se ha transformado finalmente en esta biografía impresa. Iñaki Ormaetxea fue de los que pasan por este mundo dejando huella, sobre todo humana, y consideré un deber como amigo y como compañero de armas, dejar testimonio de la parte de su vida que mejor conocí: su militancia política.

Sus dotes de abierto comunicador, autodidacta, extrovertido, soñador, idealista, asmático, guerrillero generoso, y su trágica muerte en combate evocan a Ernesto Guevara de la Serna, fuente de la cual los dos bebimos en nuestros inicios como voluntarios de ETA. Y evocan del mismo modo a las decenas de hombres y mujeres que en toda Euskal Herria han dado y dan sus vidas en la larga lucha por la libertad y el socialismo. Estas líneas quieren ser un homenaje a todos ellos, con la convicción de que la semilla que sembraron no cayó en tierra yerma, sino que florece en cada uno de nosotros en forma de hombres y mujeres nuevos.

En la prisión de Castelló, primavera de 2002

Los años oscuros

En tierra alavesa, a las faldas del monte Albertia, acariciando las lomas de Erroba, lugar donde confluyen el antiguo río Maruibai –hoy Santa Engracia– y el arroyo Bagoeta, alguien decidió hace más de mil años alzar nuestro pueblo: Urbina. Dos aguas, confluencia de dos aguas, a dos aguas... sea cual sea la etimología correcta, el caso es que esas aguas han dado al pueblo la vida además del nombre, y a lo largo de todo ese tiempo han visto cómo eran atravesadas por campesinos, nobles y reyes, paganos y religiosos, matxinós, isabelinos y carlistas, gudarís, franquistas, visitantes, inmigrantes o simples gentes que estaban de paso.

El pueblo, su modo de vida, sus tradiciones, su cultura y su lengua habían logrado perdurar durante los diez últimos siglos pese a los cambios políticos e institucionales, ya fuese en tiempos de la corona navarra o bajo la dominación castellana. Se enfrentó a los abusos señoriales organizándose en la Cofradía de Arriaga, se repuso de las invasiones y sobrevivió a las plagas que arruinaron sus campos, a las pestes

que esquilmaron su población durante la Edad Media, a la ocupación francesa y a dos guerras carlistas en el siglo XIX.

Sin embargo, un acontecimiento en la historia contemporánea vendría a dejar una huella indeleble sobre todos sus habitantes durante varias generaciones, provocando que su ya frágil alma euskaldun quedase extinguida por completo: El 20 de julio de 1936, dos días después del golpe militar del general Franco, un destacamento de tropas nacionales, requetés y falangistas entraban en Urbina por la carretera de Gasteiz, ocupaban el pueblo y obligaban a todos los vecinos a abandonar sus casas y sus haciendas. La guerra civil había comenzado.

Las mujeres, los ancianos y los niños huyeron precipitadamente de la aldea dejando atrás sus vidas y todas sus posesiones. Así, cada familia, cargando apresuradamente con los pocos bienes que les permitieron llevar, con su hatillo, con el buey o la vaca que les servía de sustento o ayudaba en las faenas del campo, se encaminaron hacia donde buenamente pudieron, buscando refugio en casas de familiares o amigos solidarios, que les dieron cobijo durante los meses que duró aquel destierro forzoso. El destino de los hombres con edad de combatir resultó aún más desolador. Los más osados huyeron hacia Albertia para enrolarse en las milicias del lehendakari Agirre que, desde el mismo día del golpe, habían establecido sus posiciones defensivas en la línea montañosa que va desde Aitzgorri hasta Gorbeia. Quienes no pudieron poner a salvo a los suyos en la zona republicana, vieron cómo sus familias fueron hechas prisioneras sin tener en cuenta edad o sexo y enviadas a los penales de Santuña o El Puerto de Santa María, como sucedió con Pepe Beitia, Ramiro Salazar y otros muchos. Los que no tuvieron tiempo o valor para escapar fueron reclutados «voluntariamente» por los ocupantes para engrosar las filas del bando nacional y en los meses siguientes fueron forzados a combatir a sus propios hermanos trinchera a trinchera.

El pueblo quedó por unos meses en manos de los sublevados, cuyas tropas ocuparon los bordes e instalaron en ellos la infraestructura necesaria para mantener durante el invierno la línea del frente. En ese tiempo cavaron trincheras en las laderas de Galtzara, blindaron los caminos, construyeron búnkers en la cima de Erroba y emplazaron los carros blindados y la artillería pesada en Angelu, en La Barrera y en la Chocolatera, con sus bocas apuntando al norte. Durante el invierno llegaron nuevas tropas a reforzar lo que ya se había convertido en una verdadera línea del frente. Los mercenarios del ejército nazi, los fascistas italianos y la guardia marroquí iban a situarse en primera línea de fuego contra las tropas de la República.

Los mandos de rango superior, por su parte, tomaron posesión de las mejores casas y establecieron en ellas sus cuarteles generales para organizar la Ofensiva del Norte. Cuando unos meses después las autoridades permitieron a los expulsados el regreso a sus casas, éstos las encontraron expoliadas, con sus escasos bienes decomisados y teniendo que dormir en el suelo o en las cuadras mientras los oficiales franquistas lo hacían en sus propias camas y daban cuenta de lo mejor de sus humildes despensas. Les habían robado las cuberterías y las vajillas, las ropas, los muebles, las herramientas y hasta los calderos de cobre donde se cocían las morcillas de la matanza. Se encontraron, en suma, como extraños en su tierra.

Urbina logró mantenerse todavía unos meses fuera del fragor de la batalla que ya se libraba con crudeza en otros frentes. El grueso de las tropas seguidoras de Mola quedó acantonado en Gasteiz durante todo el invierno del 36 y no parecían tener excesiva prisa en someter a las aldeas ubicadas en el norte, sabedores de que adentrarse en los valles de Aramaio y Ubidea por Legutiano no resultaría empresa fácil. En la primavera de 1937, con la llegada del buen tiempo, cuando finalmente dio inicio la Ofensiva del Norte, desde los búnkers de los franquistas ubicados en el alto de Erroba y con la ayuda de la artillería y la aviación comenzó el hostigamiento a los batallones de gudaris emboscados

a apenas un kilómetro de distancia, en los bosques de Nafarrate y Albertia. La débil respuesta de estos últimos, privados del imprescindible apoyo aéreo, se limitaba al lanzamiento de obuses de pequeño calibre que en su gran mayoría no llegaban a explotar, pero alguno de los cuales llegó a alcanzar el gallur de distintas casas del pueblo sin consecuencias para el enemigo ni para los civiles. Como únicos logros bélicos los gudarís consiguieron el derribo de un avión *stuka* alemán y la destrucción de un nido de ametralladoras que los italianos habían situado en el campanario de la iglesia. Por el contrario, las incursiones franquistas en la zona liberada eran eficientes y expeditivas desde el punto de vista militar. Diariamente llegaban al pueblo cuerdas de presos que encarcelaban en cuadras de la aldea, y que a veces eran juzgados sumarísimamente o ejecutados allí mismo para dar ejemplo a quien osase colaborar con el gobierno legítimo de los vascos.

Narciso Antepara conoció de cerca cómo las gastaban los soldados ocupantes, hombres en buena parte extranjeros, con carta blanca para practicar desmanes contra cualquiera que resultase sospechoso de colaborar con los gudarís. Debido a su edad, Narciso no participó en la guerra, y estaba entre aquellos a los que permitieron regresar a la aldea tras la expulsión inicial: mayores, mujeres y niños en su mayoría. Iba y venía diariamente en bicicleta a su trabajo como cantero de la Diputación. Una noche, de regreso del trabajo, cruzó por la línea de artillería, por la Huerta de La Chocolatera, en la entrada norte del pueblo, espantando a unas yeguas con el cliqueo de la bicicleta. Los centinelas italianos, asustados por el tropel de las bestias, apresaron a Narciso y le tuvieron en una cuadra apuntándole con sus fusiles hasta la mañana siguiente. Gloria, su esposa, y los pequeños Josemari, Pako, Jesusa y Edurne, pasaron la peor noche de sus vidas, ignorando qué iba a ser de él. Aquellas mujeres, en adelante, tuvieron no sólo que soportar la humillación de la ocupación y los desmanes diarios, sino que además, fueron forzadas a servir a las tropas enemigas, a lavar sus ropas, a preparar su

comida y a cuidar de sus heridos. Edurne Antepará, la que sería madre de Iñaki Ormaetxea, conoció aquello cuando era apenas una niña de trece años.

Aquellas mujeres, sin embargo, no se resignaron a la derrota y se volcaron en sacar adelante, muchas de ellas solas, sin la ayuda de sus maridos y hermanos, al resto de la familia mientras duró la contienda. Utilizadas como escudos humanos ante la exigua artillería republicana, llegaron a tejer una red de apoyos para la resistencia, proporcionándoles información con claves dignas de novela. La forzosa colada diaria, tendida en los colgaderos de las casas, estuvo informando a los gudaris del número de soldados enemigos que permanecían acantonados en la aldea hasta que la contraseña fue descubierta y se puso fin a la obligación de lavar. A los montes les hacían llegar correo, grano y otras vituallas en acciones que no sólo contravenían las órdenes del ejército, sino que conllevaban el riesgo a ser sometidas a las vejaciones de la mesnada o a perder sus propias vidas en el intento.

No hacían sino repetir aquello que sus antepasados habían hecho siempre como campesinos: luchar contra quienes pretendían quitarles la relativa independencia económica que les proporcionaban los fueros. Así lo hicieron los vecinos de la aldea en 1813 entregando toda su plata a la Diputación para sufragar el gasto de las partidas contra los franceses. Volvieron a hacerlo en 1839, cuando el tiroteo del 20 de abril en el puente, el día que los carlistas echaron a las tropas del general Córdoba, que practicaba un reconocimiento sobre la línea de Villarreal. Aquella noche alojaron en la iglesia a los de Zumalakarregi y les proporcionaron trigo, aceite y mantas de lana. La iglesia quedó tocada en aquella escaramuza y tuvieron que retejarla. Eso sí, los liberales no olvidaron la afrenta y la iglesia casi sucumbe en la segunda carlistada, cuando las tropas incendiaron el maderamen de la torre y destrozaron las puertas y las llaves del edificio. Y así lo volvían a hacer ahora en 1936, cuando un nuevo peligro vino a sus vidas. En todas las ocasiones, el edificio de la iglesia terminó afectado, guardando entre sus muros las cicatrices de las heridas.

Transcurrido apenas un año del alzamiento franquista, después de la sangrienta batalla de Legutiano y los bombardeos masivos sobre las cimas de Albertia y Jarindo, y las villas de Durango y Gernika, el cinturón de Bilbao cayó en junio de 1937, por lo que a partir de esa fecha el pueblo no conoció más batallas. La peor parte se la llevaron, como siempre, los pobres. Las familias de los gudaris que habían tenido que huir por las persecuciones y por el miedo a los reclutamientos forzosos regresaron poco a poco, intentando reconstruir lo que la guerra había arrasado. Entre los que fueron hechos prisioneros por su participación en los batallones de gudaris, hubo condenados a muerte y otros permanecieron largos años en prisión, pero de algunos ni siquiera se tuvieron noticias hasta pasados muchos años. Y otros, como en todas las guerras, se beneficiaron de la victoria de su bando y permanecieron en el pueblo sin mayores percances.

Con el final de la guerra llegó la extinción definitiva del euskara. Si bien la enseñanza de la lengua vasca en las escuelas locales ya estaba proscrita por las autoridades antes del 36, la victoria franquista supuso la puntilla mortal. Los ancianos, los únicos que conservaban la lengua, fueron muriendo y su legado no pudo ser transmitido a unos nietos que fueron educados por profesores foráneos enviados a tierra vasca a enseñar a los niños español y solamente español. La mentalidad enfermiza de aquellos maestros llegaba al punto de castigar a los chiquillos que eran sorprendidos en ese juego infantil consistente en anteponer «ti» a cada sílaba, pensando que se trataba de euskara. Fueron años de aparente calma social, pero la gente vivía atemorizada y los rencores generados por la guerra tardaron en zanjarse. Hubo delaciones por simple venganza, o por litigios que poco tenían que ver con las ideas y mucho con rencillas familiares ancestrales. El sistema, además, procuró tener bien engrasada su maquinaria. Por si la victoria no había sido suficiente, la presencia intimidadora de la Guardia Civil se encargaba de recordarlo constantemente con sus patrullas, exhibiendo sus armas o escoltando a los generales

nazis que cada año llegaban al pueblo a homenajear con coronas de flores a los oficiales fallecidos tras el derribo del *stuka*. Franco les había construido un monumento junto a la carretera, con sus nombres en relieve y una cruz gamada laureada, donde mandos de los dos ejércitos hacían una pequeña parada militar e interpretaban himnos de guerra.

Los años de la posguerra fueron oscuros. La gente volvió a trabajar los campos y con el tiempo fue recorriendo la normalidad rota por la guerra. Los frutos de la tierra ayudaron a hacer más llevadera aquella miseria proporcionando el maíz, el trigo, las alolvas, cebadas y centenos que constituyeron la base principal de la dieta de las personas y del ganado. En las casas de la familia Agirre, los Morales y el caserío de Latse lograron mantener los rebaños de ovejas, y en la mayor parte del resto de las casas del pueblo, las vacas, la pareja de bueyes y las yeguas constituían las cabañas ganaderas. Pero había hambre. De la cosecha de trigo, una vez entregado el diezmo para la iglesia y cumplidas las entregas al Estado en forma de requisas, apenas quedaba cantidad suficiente para volver a sembrar en invierno. Cuchara de palo en casa del herrero. Los que sembraban y recogían el trigo comían pan negro de cereales pobres o talos de maíz, como la mayoría de la población. Los vencedores extendían generosamente su mantequilla sobre pan blanco recién horneado. Una casta de privilegiados vivía en la opulencia cargando sobre la espalda de los humildes lo más penoso de la producción. Los animales de corral eran un lujo intocable para los aldeanos, que los criaban para obtener con su venta los productos de primera necesidad que no podían producir. Cuando se hacían las matanzas, y para evitar que las chacinerías fuesen devoradas el mismo día de la elaboración, se preparaba un chocolate o una sopa de ajo que mantenía ocupados los estómagos de los participantes y permitía que los chorizos, las morcillas y tocinos aguantasen un poco más colgados en las vigas de los desvanes. Había racionamiento en productos como el azúcar, el aceite y el jabón, dejando flacas a las gentes y gordos a los piojos, que se aprovechaban

gustosos de aquella miseria. Los jerseys de lana de los mayores, a medida que se desgastaban por el uso, eran deshechos una y otra vez para vestir a los más pequeños, y hasta para conseguir un par de zapatos era necesario el correspondiente cupón emitido por la autoridad competente. El estraperlo estuvo al orden del día. Los aldeanos ocultaban algo de trigo al fisco para revenderlo y ganar unas pesetas, actividad esta que llevó a Sarria el Cojico a pasar una temporada en la cárcel por transportar unos sacos de forma clandestina a los valles del Deba y Aramaio.

En medio de aquella penuria general, sin embargo, también había motivo para la alegría, y ésta se manifestaba tanto en las tareas cotidianas como en las celebraciones especiales. Los baños en Zulonpo, el pelado de las panochas en común, casa por casa, o la trilla de las mieses en las eras congregaban a los más jóvenes entre chanzas y cánticos que ensayaban para los Jueves de Lardero o Santa Agueda, celebraciones que consistían básicamente en cantar de puerta en puerta para organizar merendolas con las que paliar el hambre en la glorieta de Salazar o en la Casa de Juntas del Concejo. El pueblo, por su privilegiada situación geográfica, nudo de comunicación entre la Llanada alavesa y las provincias del norte, y por contar con una estación de ferrocarril de la línea Lizarra-Bergara, logró a finales de los años cuarenta cierto despegue económico del que sus vecinos salieron beneficiados. De los pueblos de alrededor, de Nafarrate, Goiain, Urrunaga, Betolaza, Elosu, Ollerías, Ubidea, Legutiano, Otxandio... acudían diariamente decenas de personas a coger el tren hacia Gasteiz. Llegaban con sus bicicletas o con sus carros, cambiaban sus abarcas por elegantes alpargatas y los vecinos les alquilaban una plaza en sus eras a un módico precio, a cambio de ser vigiladas de la amenaza de los amantes de lo ajeno. Los tratantes de ganado, a su regreso del mercado de la capital con el último tren, dejaban sus cuartos en las tabernas, echando partidas de mus que se alargaban hasta bien entrada la madrugada, y las pendencias y líos de faldas estaban a la orden del día. Atenazados por el hambre,

el divertimento de los muetes consistía en el hurto de cualquier cosa susceptible de ser comida, como los plátanos de los camiones que paraban en el surtidor de la familia Lasagabaster, las gallinas y conejos de los corrales o las peras de las primicias y los responsos que el cura guardaba en los arcones de la sacristía.

Edurne se casó a mediados de los cuarenta con Julio Ormaetxea. Poco tiempo después invirtieron su patrimonio en la compra de una de las tabernas del pueblo y, en adelante, Julio simultaneó su trabajo en las oficinas de la vieja estación que el Vasco-Navarro tenía en Gasteiz, con la ayuda en la barra. Edurne llevaba la gestión del negocio familiar que, además de restaurante, se transformó en fonda. Fueron llegando los hijos. Primero Ramón, luego Fernando, Gloria, Javier... Los pantalones de trabajo del gigante Julio, gastados en las culeras por el uso, eran reciclados por Edurne para los más pequeños, dejando sus ojos en el intento mientras los aldeanos trasnochaban en la taberna con los juegos de cartas.

Cuando llegaban las fiestas de San Antolín, el 2 de septiembre, el pueblo se llenaba de visitantes de los más variopintos lugares, incluidas las sardineras de Santurtzi, quienes tras vender su mercancía en Miranda de Ebro, se acercaban a Urbina a dilapidar sus pequeñas ganancias. Era tal la afluencia de gente que se fletaban trenes especiales y autobuses desde Gasteiz, y las eras que no albergaban bailes se llenaban con bicicletas de los vecinos de los alrededores. Los bailes, principal y casi única atracción no religiosa de los festejos, comenzaban a las cinco de la tarde en tantas eras como fuesen necesarias, y duraban hasta las tres de la mañana. Un acordeón, una trompeta y una batería ponían en danza a mozos y mozas entre nubes de polvo que, al mezclarse con el sudor de los cuerpos, provocaban churretes de barro en la cara y en las pantorrillas, y servían de excusa para darse un baño de madrugada en el río de los Bueyes. De esa época datan los primeros enfrentamientos con la Guardia Civil, aunque no por motivos políticos, sino por los incidentes que protagonizaban quienes se resistían a abandonar

la fiesta y se lanzaban a las vías del tren para impedir la salida del último Vasco-Navarro, algo que no era del agrado de los picoletos.

Hacia 1950 comenzó también la progresiva industrialización de la comarca, que duraría hasta bien avanzados los sesenta, primero con la construcción de los pantanos de Urrunaga y Ullibarri, y en años posteriores con la instalación de diferentes empresas metalúrgicas en terrenos agrícolas cedidos por el Ayuntamiento de Legutiano tras acometer una concentración parcelaria en la que los perjudicados fueron los campesinos. En nuestro pueblo se edificaron barracones para los obreros llegados de toda la geografía ibérica, hasta que los ahorros les permitieron alquilar o comprar alguna vivienda. La llegada de la luz eléctrica y el agua corriente facilitó a las mujeres las tareas cotidianas como el lavado de la ropa o hacer abrevar al ganado, mientras que los hombres se emplearon en las industrias para conseguir un salario con el que hacer más llevadera la subsistencia de la familia.

Hasta 1965 cada pueblecito de la zona contó con su propia escuela. Separados por sexos, las niñas de Urbina debían andar un kilómetro para acudir a la de Luko, y los niños iban a la de Urbina. La escuela era un edificio de una sola aula en la que todos los críos se aplicaban bajo la férrea autoridad de don Manuel, un maestro que estaba de pupilo en El Riojano y que pasó a ser recordado por su severidad y su mano larga. Para entonces, con la venida al mundo de Josu y de Julita, la familia Ormaetxea-Antepara ya contaba con ocho bocas. Don Manuel, por estar hospedado en El Riojano, estaba empeñado en que el pequeño Josu fuese «ejemplo» para los demás alumnos y le llevaba por el camino de la amargura. Josu y Miguel Ángel Sarria eran una pareja de cuidado, siendo raro el día que no los castigasen por armar alguna. Ante la imposibilidad de «domesticar» a aquellos revoltosos, el maestro los encerraba en la escuela durante la hora de comer, y Julita y María Jesús, sus hermanas, tenían que meterles galletas por las rendijas de las ventanas a escondidas por si Don Manuel las pillaba. Algo que nunca olvidaba aquel zamorano era

izar la bandera rojigualda en el mástil de la escuela, así cayeran chuzos de punta, lo cual explica que los niños del pueblo desconocieran la existencia de la enseña vasca a aquellas alturas de la dictadura.

El 18 de diciembre de 1966 Edurne alumbró a Juan Ignacio, su séptimo hijo. Lo hizo como se hacía entonces: ayudada por una comadrona en la cama de su casa, en un tiempo en el que nacer en un hospital era un lujo reservado a unos pocos ciudadanos. Aquel año se terminaron de edificar las Escuelas Nacionales mixtas en Legutiano, con afán de unificar la educación y asegurar el adoctrinamiento de una población poco adicta a aquel régimen. Todas las aldeas del municipio y algunas de los alrededores enviaron desde entonces a los niños a estudiar a la villa, y las viejas escuelas locales pasaron a ser propiedad comunal. En Legutiano los niños de Urbina conocieron otra realidad. Allí iban a estudiar chavales de la zona vascófona, de Ubidea, de Olaeta o Elosu, que eran duramente castigados cuando les sorprendían hablando en euskara. El marcaje del franquismo al sistema educativo era total, y ¡ay del maestro que no persiguiese y denunciase al que hablaba vascuence! Sin embargo, fue el ambiente de aquella escuela el que propició el despertar de la conciencia en muchos de aquellos niños, que empezaban a preguntarse sobre las razones por las que otros eran castigados por emplear la lengua de sus padres.

También llegó a El Riojano un nuevo inquilino: Celestino Pesqueira, un gallego inmigrado cuando los pantanos que decidió quedarse allí de patrona. Era un hombre pequeño, robusto, y con una cabeza que bien podía decirse que daba sombra al cuerpo. Su afición a las cartas le hizo pasar a la historia de la aldea como el más astuto de entre los jugadores de naipes. Todos recordaban cómo en una de las primeras partidas al tute que jugó en la taberna, ante las constantes petulancias de los aldeanos que presumían de no dejar pasar un renuncio, él falló al primer as que le sacaron los contrarios y seguido sacó tute de caballos. Nadie se dio cuenta, y Celestino se encargó en delante de presumir cada vez que se le presentaba la ocasión.

Una gran amistad le unía a Emilio Díaz, paisano suyo que le sacaba medio cuerpo en altura y con quien entraba continuamente en acaloradas polémicas durante los txikiteos. Se encerraba cada uno en sus argumentos sin ceder un ápice, hasta que a Emilio se le acababa la paciencia y, mirándole muy serio desde las alturas, le decía:

–¡Cállate, que me tienes hasta los...!

Celestino, sin inmutarse un pelo, se rascaba bajo la txapela y le respondía no sin menos gravedad:

–Bueno, habla tú.

Emilio le perdonaba y continuaban ahogando en vino las penas de la existencia. Ambos solteros, lejos de su tierra de origen, dejándose la vida trabajando para otros... Las ruidosas charlas de taberna, las partidas de cartas y las chicas licenciosas de los tugurios de Gasteiz eran la mejor forma que encontraban de hacer llevadera la vida.

Entre aquellas familias que llegaron a Urbina atraídas por la industrialización, se encontraba la mía, otra de las que cruzó Bagoeta, Maruibai y tantos otros ríos en busca del pan que los señoritos del latifundio andaluz les negaban. La posguerra desangró Andalucía tanto como la propia guerra, no en vidas humanas, pero sí en un incesante goteo de abandonos que encontraban en la emigración la única forma de supervivencia. Primero fue en Barbastro, donde mi padre llegó para trabajar en los pantanos que el generalísimo mandó construir y donde nació mi hermano. Luego fue Egiarreta, cerca de Irurtzun, para seguir haciendo encofrados en los nuevos barrios que crecían rodeando Iruñea, donde nací yo. Finalmente, un nuevo contrato haría que nos afincáramos en Urbina. Mis padres optaron por Euskal Herria, pero igual podían haber finalizado su periplo en algún populoso barrio del cinturón industrial de Barcelona o en la lejana Alemania, país en el que muchos pusieron la vista en la década de los sesenta. En Urbina encontraron algo de aquel porvenir soñado y allí decidieron quedarse desde el 13 de junio de 1970, cuando yo cumplía dos años.

El pueblo que yo conocí de niño difería bastante del actual, aunque tampoco era para entonces el pueblo exclusivamente agrícola descrito páginas atrás. Los cambios habidos en la década anterior lo habían transformado. Preservaba algunas de sus características, pero otras muchas estaban evolucionando parejas a la nueva situación económica que vivía el Estado español tras la apertura franquista. Recuerdo una aldea diminuta a la que el tráfico de la carretera general contagiaba su actividad, la nutría. Un par de años antes había desaparecido el ferrocarril Anglo-Vasco-Navarro Rail Company dejando como herencia su estación y dando nombre a la única calle del pueblo. Una treintena de edificios era todo el patrimonio urbano con que contaba, más cinco o seis caseríos desperdigados en la falda de un monte de retorcidos quejigos. A lo largo de los ríos se extendían pequeños campos de cereales pobres y numerosas huertas protegidas por tapias de caliza gris, ideales para ser saltadas por los mozos y jóvenes cuando de robar fresas o habas tiernas se trataba. En la entrada sur, la iglesia con su pequeño cementerio recibía a los viajeros que llegaban en autobús por la carretera de Gasteiz. Tenía adosada la casa cural y el salón parroquial, centro social en el que los fines de semana niños y adultos nos congregábamos para disfrutar del cine, los juegos de mesa y las tertulias. El templo, con diferencia el edificio más grande de la aldea, no estaba bien conservado. Había perdido su torre-campanario original durante la guerra y por fuera no presentaba buen aspecto. En contraste con el exterior, muros adentro, la iglesia estaba bien cuidada, y tanto los frescos de sus cúpulas góticas como los detalles bíblicos del retablo de madera poseían indudable antigüedad, calidad y belleza.

El pueblo contaba con tres tabernas. Además de El Riojano había otro restaurante que disponía del único teléfono del pueblo y hacía de estafeta de Correos y de estanco a la vez. Correos era regentado por la familia Lasagabaster, una de las más pudientes del pueblo; tres hermanas, mozas viejas, que llevaban el arte culinario a lo sublime a decir de todos los vecinos y que supieron sacar pingües beneficios en los años de la pos-

guerra. Eduardito, el cuarto hermano, también soltero, se encargaba con su bicicleta del reparto del correo que diariamente llegaba, ahora en autobús tras la desaparición del ferrocarril, y ambos cuatro también eran víctimas de las canalladas de los mozalbetes. A Eduardito lo llevábamos de cabeza. Cada vez que abandonaba su bicicleta más de dos minutos a la puerta de cualquier casa, las ruedas se deshinchaban por arte de magia y con algo de nuestra ayuda. Sus hermanas, en cambio, no eran presa fácil, y nos costaría años de entrenamiento poder hurtar algún caramelo de piñones de Tafalla de los grandes botes de cristal que descansaban en las estanterías. Cien metros calle abajo, la taberna de Ramiro Salazar, gudari amnistiado de la pena de muerte a la que le condenó el régimen, completaba la lista de establecimientos públicos cuya peculiaridad residía en que eran al mismo tiempo bar, restaurante, colmado, ferretería, papelería... Cualquier cosa que uno quisiera comprar en aquel pueblo podía hacerlo en El Riojano, en Lasagabaster o en El Hogar: pan de caserío, pilas para una linterna, sellos, sobres y papel de carta, embutidos, conservas, dulces y chucherías... Eran, además, los centros sociales donde los aldeanos charlaban, discutían, bebían o jugaban a cartas con tranquilidad y en confianza. Carretera arriba, la gasolinera convertía al pueblo en el Edén de los camioneros, pues encontraban en un mismo lugar energía para sus cuerpos y para sus máquinas.

La población había visto duplicar su número de habitantes en los últimos diez años, tras las progresivas oleadas migratorias de gentes de otros pueblos de la Península atraídos por la prosperidad industrial del cinturón de Gasteiz, la construcción de los pantanos y del auge constructor propio de la década. Centenares de hombres fueron hacinados por el régimen franquista en barracones edificados *ad hoc* en Landa, Urrunaga y Urbina, para trabajar en la construcción de las presas de los embalses. La ruptura con el paisaje y con la ordenación del territorio anterior fue brutal. La comarca pasó en muy poco tiempo de una dedicación casi exclusivamente agrícola a una industrial, quedando la primera

relegada a lo testimonial. Se construyeron pabellones por doquier, se abrieron pistas y se efectuó una nueva concentración parcelaria, otra vez en detrimento de los campesinos, que vieron cómo las mejores tierras, las más llanas y fértiles, eran progresivamente invadidas por el acero y el hormigón.

Las nuevas fábricas no tardaron en envenenar Bagoeta y Maruibai con toda clase de vertidos incontrolados, privando a personas y bestias del aprovechamiento del agua. Empresas como Urvisa, Condesa, Icoa, Aceros San Blas, Terrazos, Esmaltaciones San Ignacio, etc., construidas en el polígono industrial de Goiain, rodeando Urbina, dieron empleo a gallegos, castellanos, andaluces, portugueses, asturianos... que acabaron afincados en el pueblo, formando nuevos núcleos familiares. La plena integración de éstos en la vida comunitaria, no obstante, tuvo sus claroscuros. Algunos propietarios de casas vieron en los alquileres su particular gallina de los huevos de oro, cobrando rentas de hasta mil quinientas pesetas, por viviendas muchas veces carentes de la mínima infraestructura, como baños o retretes. Con todo, el crecimiento demográfico fue imparable. Desde el inicio, muchos recién llegados se emparentaron con familias locales, formando matrimonios mixtos cuya prole correteaba por los caminos y eras de la aldea. Se construyeron casas, bloques de pisos y se habilitaron aquellas que la guerra y la posguerra habían dejado vacías o en semirruina.

Aquellos que no trabajaban por cuenta ajena en alguna de las fábricas –o los que tenían doble dedicación–, seguían basando su economía en la agricultura y la ganadería. En las zonas cultivables, las dos orillas del río Bagoeta y las campas de Ibarbalde y Angelu, crecían principalmente la cebada y los pastos, aunque el trigo se daba también en las zonas menos húmedas. En algunas casas conservaban las vacas cuya leche vendían al detalle, y en los alrededores del caserío de Latse pastaba el último rebaño de latxas y sasiardis que contribuían con su pausado ramoneo al cuidado de los montes, evitando el avance del sotobosque y previniendo los incendios. En todos los casos, la economía

doméstica seguía apoyándose en la cría de cerdos, gallinas o conejos y en los productos de las huertas que los vecinos cultivaban. No extrañará por ello que las «intrusiones» en los huertos en busca de fresas, avellanas, habas tiernas y otras exquisiteces fuese una de las diversiones preferidas de los niños, quienes con los botines logrados, organizábamos merendolas clandestinas siempre alerta por si alguien nos descubriera y acabásemos corridos a bastonazos o con los culos calientes por la sal de algún cartucho bien tirado. Una reminiscencia, sin duda, de aquellos años de hambre en los que unas avellanas lograban engañar a las tripas.

Administrativamente, al menos desde 1491 y hasta 1978, en Urbina vino funcionando el llamado «Concejo Cerrado». Esta modalidad organizativa comunal establecía que solamente un vecino cabeza de familia, o un varón mayor de edad de cada fuego, de cada hogar, tenía derecho al sufragio activo y pasivo, esto es, podía votar y ser elegido como regidor del Concejo. De las elecciones debía salir una terna formada por el alcalde-presidente de la Junta Administrativa del Concejo, el fiel de hechos y un vocal, sobre los que recaería la responsabilidad de gestionar la vida comunal de la aldea. Pero el régimen franquista estableció que fuese el gobernador quien nombrase a dedo al alcalde, cosa que sucedió mientras duró la dictadura. Los así nombrados debían llevar la contabilidad, gestionar los fondos y las cuentas corrientes, llamar a asamblea al pueblo, organizar las partidas de extinción de incendios, limpiar caminos y calles de nieve en invierno...

En los siglos medievales la llamada a Concejo se efectuaba a campana tañida, reuniéndose los privilegiados en el pequeño cementerio adosado a los muros de la parroquia de San Antolín, pero ya en época moderna, las reuniones pasaron a la escuela, un edificio comunal de nueva planta con dependencias diversas en el que se siguen celebrando las asambleas en la actualidad... ya sin tañer de campanas. El alcalde se encargaba de redactar los bandos y de colocarlos en las puertas de las tabernas, con lo que se aseguraba que todo el pueblo quedase enterado de la convocatoria.

El Concejo regulaba la práctica totalidad de la vida comunitaria. La verificación de las lindes con los pueblos vecinos, del estado de los mojones, el mantenimiento de las cunetas, del alcantarillado, de las conducciones de agua, del alumbrado público, de los bosques, las fuentes, caminos y calles eran competencia exclusiva, y la labor era supervisada de forma eficiente por alcaldes que no recibían prestación económica alguna por sus servicios. Cada vecino tenía derecho a un lote de leña comunal de los bosques de Erroba, Albertia y Legutiano para alimentar el fuego en invierno, lote que se sorteaba en la asamblea del Concejo. Hechas las suertes, con la menguante de febrero, por San Blas, se procedía al corte de forma colectiva, participando todos los beneficiados en jornadas de duro trabajo. En agosto, cuando los caminos de los bosques estaban secos y posibilitaban el paso de bueyes y carros, hombres y bestias se afanaban en bajar la leña de cada familia a la aldea. El Concejo también gestionaba el arriendo de los prados comunales y de las piezas de labranza a los pocos ganaderos y agricultores que quedaban entonces.

Para la materialización de todas las competencias del Concejo se recurría a las veredas, los auzolan de la tradición rural vasca. El trabajo colectivo, lejos de esa visión bucólica y armoniosa que pueda ofrecer, no era a veces acogido de buen agrado por los vecinos, y la Junta disponía de medidas coercitivas para hacer efectiva la participación del máximo número de brazos. Cada sábado, y previo bando, se juntaban en la plaza todos los cabezas de familia o hijos varones mayores de 18 años, cada uno con su apero de labranza, albañilería o fontanería, dependiendo de cuál fuese la tarea a realizar aquella tarde: un desbroce de caminos, el arreglo de una tubería rota, el desescombro o rehabilitación de alguna dependencia comunal. La asistencia era obligatoria, y si alguien dejaba de asistir se le sancionaba con una falta que debía recuperar realizando alguna tarea que le asignase el Concejo, o mediante multa. Si se acumulaban tres faltas aquel año el afectado perdía su derecho al reparto de su suerte de leña, o se le prohibía la utilización de la maquinaria comunal: el tractor y la trilladora.

Sin embargo, los recién llegados no podían disfrutar de la plena condición de vecinos hasta transcurrido un moderado plazo de afincamiento, el necesario para pasar de la condición de moradores a la de residentes, y no podían participar con voz y voto en la asamblea cerrada ni en las veredas. La llegada de tantas personas chocó con los usos y costumbres locales, y la forma de organización comunal heredada se vio en peligro. Los aprovechamientos comunales –bosques, prados y tierras de cultivo– eran un bien escaso al que los vecinos no querían renunciar en beneficio de los inmigrantes, y ello provocó algún conflicto. A los cambios radicales provocados por la industrialización en el paisaje y en la ordenación del territorio, se sumaba la necesidad de compartir los recursos, y los vecinos se resistían a ello. Esto explica que el choque entre vecinos e inmigrantes tuviese mayor expresión en lo social que en lo cultural, ámbito este último que la represión franquista ya se había encargado de reprimir, y aclara que en ocasiones las actitudes de rechazo fuesen palpables.

Treinta años de dictadura habían logrado erradicar casi en su totalidad cualquier manifestación de la lengua, cultura y tradiciones vascas. La generación que conoció la guerra conoció también el euskara en boca de sus padres o abuelos, e incluso lo hablaron siendo niños, pero tras la victoria franquista ya nada sería igual. La dictadura institucionalizó la enseñanza en castellano y en la pequeña escuela de Urbina nunca se permitió el empleo del euskara. Treinta años después sólo quedaba en nuestro pueblo la reminiscencia y el empleo de palabras cotidianas que se resistían a sucumbir a la presión franquista. Los niños y niñas nos divertíamos cazando luciones y zapaburus; por San Miguel se recogían los aranes para el patxaran; en otoño, los aldeanos desconfiados cuidaban de que nadie descubriese sus secretos seteros de gibelurdiñas y perretxikos. En todas las casas había sarda, laia y se barrían las ondarras con escobas de otacas. Únicamente sobrevivían, perennes, los nombres de los lugares. A pesar de los siglos de castellanización progresiva del territorio, el euskara continuaba enraizado en la

toponimia. El ganado abrevaba en el río Bagoeta, repleto de loinas. Las piezas de tierra cultivada y los bosques comunales se extendían por Zapatituri, Zaldua, Lurbalza, Zabalgana o Angelu, salpicadas de case-ríos como Latse y alguna casa fuerte como la de Artzamendi, en Luko. En el acervo se mantenían todavía vivas a duras penas tradiciones inmemoriales, como las hogueras de San Juan, las vísperas de Santa Agueda o los Jueves de Lardero, en los que los mozos y niños pedían de casa en casa para organizar comilonas con lo recogido. Cuentos y leyendas clásicas vascas eran las que los nietos recibían de los labios de los abuelos, pero el sentimiento de pertenencia a un pueblo había sufrido una severa derrota en la guerra civil. Se perdió la lengua sin que apenas nadie se apercibiera de ello, se fue silenciosa, agostada como los arroyos en la canícula.

La vida cotidiana era sencilla, acorde con la modesta economía de la práctica totalidad de las familias de la aldea. Los obreros trabajaban en su mayoría a turnos en las empresas de la zona, ya fuera de mañana, de tarde o de noche. Los aldeanos, con mayor libertad de horarios, salpicaban los campos con su ropa de faena, su inseparable txapela y sus aperos de labranza al hombro. Por las tardes, finalizada la jornada, llenaban las tabernas en ruidosos poteos, hacían partidas de tute o mus y se olvidaban de los humos de la industria y los rigores de la tierra hasta la jornada siguiente. Los domingos, tras la misa de doce, el tramo de calle entre el bar de Ramiro y Correos era un constante ir y venir de cuadrillas, matrimonios y familias que tomaban el aperitivo. No era habitual que las mujeres entrasen solas a los bares, y menos que consumieran vino. Ellas hacían clara distinción entre acudir a la tienda a hacer la compra o ir al bar a tomar un vermut cogidas del brazo de sus maridos. Los locales eran los mismos, y eran las mismas personas las que atendían tras el mostrador, tanto si se pedía una copa de coñac o un kilo de azúcar, pero aquélla era una frontera que las mujeres en Urbina nunca atravesaban. Gustaban, eso sí, de los encuentros en el salón parroquial: una sociedad donde jugaban a la brisca y organi-

zaban tertulias los fines de semana. Pese a existir una red de aguas y alcantarillado desde hacía unos años, buena parte de las viviendas carecían de la infraestructura y comodidades más básicas, así que nuestras madres acostumbraban a lavar la ropa en el río cuando todavía bajaba limpio, dejándose los nudillos en aquellas penosas faenas, junto al puente pequeño donde confluyen Bagoeta y Maruibai. Nosotros aprovechábamos para bañarnos, cazar libélulas y zapaburus y para inflar de aire a las infortunadas ranas que caían en nuestras manos. Las cristalinas aguas aún permitían el baño en las pozas, la pesca de loinas y cangrejos y el abreviar del ganado de los aldeanos que habían bautizado el lugar como el río de los Bueyes.

También era tarea de mujeres el acondicionamiento de la iglesia para las celebraciones especiales como bautizos, bodas y funerales. En auzolan femenino, ataviadas con delantales y pañuelos liados a la cabeza, desempolvaban las alfombras y decoraban el altar con flores y lienzos de hilo en las horas previas al evento. En aquellas ocasiones, a los niños nos gustaba ayudar al cura. Don Ángel, además de permitirnos apurar el vino dulce de las vinajeras y darnos unas pesetas para gastar en helados y chuches, nos permitía tocar las campanas desde la base de la torre, ya que la escalera al campanario siempre amenazó ruina. Esos días la iglesia se llenaba de gente, cada cual siempre en el mismo sitio y separados los hombres de las mujeres. Los bautizos y bodas eran recibidos con alborozo, pues era costumbre que el padre o el novio nos lanzase montones de caramelos y pesetas para llenar nuestras huchas. Sin embargo, cuando moría alguien, el quedo tañer de la campana envolvía la aldea en una atmósfera especial y no era día para juegos. En los funerales sólo se repartían pésames y un pequeño ágape en las tabernas a cuenta de los herederos del difunto.

Por Urbina aparecían con regularidad en aquellos años personajes curiosos que no dejaban atrás en extravagancias a algunos naturales. Anualmente, por las mismas fechas, llegaba el afilador con su bicicleta, sus

esmériles y su inconfundible silbato para amolar cuchillos y reparar tijeras. También Cangrejo y Aleluya nos visitaban cada año; el primero, un viejo buhonero que se ganaba la vida arreglando paraguas y cacerolas desconchadas a cambio de una comida o unos duros; el segundo, un fraile de hábito y barba blanca que vendía calcetines de lana casa por casa al grito de «¡Aleluya!». También venían carromatos de gitanos que acampaban durante unos días junto al río y pedían trapos, chatarra o un poco de comida para sus chiquillos.

El señor Mujika era quien más temor despertaba entre nosotros. Viejo seco y estirado, siempre vestido de negro, vivía en Artzamendi, a medio camino entre Urbina y Luko. El hombre, quién sabe si para orientarse en la noche por el camino que llevaba a su casa, colocaba bolitas de papel de aluminio en los arbustos que bordeaban el camino. Aquellas bolitas brillantes se movían en la oscuridad como ojos de algún ser sobrenatural con cada golpe de viento, así que los niños corríamos despavoridos cada vez que las divisábamos. Mujika gustaba de enseñarnos su navaja sólo por divertirse, sabedor del pánico que su sola presencia nos causaba. Más de uno fuimos alguna vez a casa sofocados y con las pantorrillas abrasadas porque, cuando aparecía Mujika, no había tiempo de reparar ni en las ortigas.

En el mismo camino hacia Artzamendi tenían su caserío Marcelino y su hermana, solterones que vivían en una austeridad casi medieval. Marcelino, por no gastar dinero en transporte, caminaba los doce kilómetros que separan Urbina de Gasteiz para hacer sus recados en la capital. Si llovía o nevaba, se calzaba las katuskas, protegía su espalda y su cabeza con un saco de abono y despreciaba las ofertas de llevarlo que a veces le hacían los conductores. Marcelino, a diferencia del señor Mujika, no se cebaba con los niños. Cuando nos sorprendía cogiéndole avellanas, las más ricas de los alrededores con diferencia, su simple presencia bastaba para que nos diésemos por aludidos y aplazásemos el saqueo para mejor ocasión.

Junto con las celebraciones religiosas, la matanza era otro de los acontecimientos del año, equiparable a las fiestas patronales, los bautizos o las comuniones. Cuando los cerdos, criados con mimo durante el año, mostraban su mejor lustre se llamaba al matarife. Ángel Beitia era un experto con el cuchillo en el despiece de animales. Para cuando él llegaba a la casa donde se realizaría la matanza, de buena mañana, la familia entera y amigos más próximos debían tener ya todo dispuesto: el banco para el sacrificio, el helecho bien seco para socarrar al gorrino, la escalera para colgarlo y facilitar el despiece... Una vez comprobado que todo estaba en orden, y tras mojar la garganta con un trago de vino del pellejo, acometía su objetivo. El acero siempre iba directo al corazón, la sangre manaba a borbotones y los chillidos del animal invadían toda la aldea. Desde ese momento, y durante los dos días que duraba la matanza, la familia no hacía otra cosa. Se desangraba el animal y su sangre se removía con brío para las morcillas, se chamuscaba, se colgaba de la escalera, se abría en canal, se sacaban las vísceras para el control veterinario, se diseccionaban jamones y paletillas, lomos, caretas, costillares... Los chiquillos participábamos dando a la manivela de la picadora o acarreando leña para la hoguera donde hervían las morcillas, y era un orgullo ser el afortunado en agarrar el rabo del cerdo en el trayecto de la korta al banco manteniendo el tipo mientras lo desangraban. El rabo era una pieza que posteriormente exhibíamos ante nuestros amigos haciendo alarde de nuestra valentía, y todos los niños de la familia pugnábamos por recibir como obsequio la vejiga que, tras dejarla secar, inflábamos para utilizarla como atizador en nuestros juegos.

Los frutos de la matanza alimentaban a las familias durante buena parte del año, sirviendo en ocasiones como pago en especie al médico o al practicante por haber hecho una visita urgente a horas intempestivas. El médico acudía una vez por semana a realizar consulta en una dependencia de la antigua escuela. Pero si alguien se ponía enfermo había que llamarlo desde el único teléfono del pueblo, o enviar a alguien a Legu-

tiano en su busca. El reparto del pan, del butano y de algunos encargos específicos como piensos para los conejos o abono para los huertos, lo hacía diariamente Antonio Quintana, con una puntualidad encomiable, ya que no faltaba a su cita ni en los peores días de temporal de nieve. De los abastos más especiales se encargaba Maroto semanalmente con una camioneta que traía desde Gasteiz calzados, ropas, licores, caramelos y vituallas que competían en precios con los vendidos en las tiendas de Urbina.

Puede decirse que aquélla era una sociedad cerrada y hasta cierto punto autosuficiente. A Gasteiz se iba sólo por fuerza mayor, para hacer alguna gestión burocrática, para visitar a algún pariente en el hospital o causas similares. Sólo unos pocos disponían de automóvil, y desde la desaparición del ferrocarril el autobús de línea se había convertido en el medio de transporte más habitual. Tenía la parada frente a El Riojano, igual que nuestro transporte escolar, cosa que mantenía a nuestras madres en continuo desvelo por el riesgo de atropellos o accidentes. No hubo muchos en aquellos años, pero el viejo Ramiro se libró de una muerte segura en una ocasión, cuando un camión articulado voló sobre su cabeza mientras cortaba alfalfa con la guadaña junto al río. Al conductor tampoco le pasó nada, pero el hombre estuvo pidiendo auxilio subido en la cabina sumergida hasta la mitad en aguas del Santa Engracia hasta que fue rescatado. Menos aparatoso y más gratificante fue el accidente de un camión de Vinos Savin que volcó junto a la gasolinera. El tiempo que tardó la Guardia Civil en aparecer para regular el tráfico fue suficiente para que todos los camarotes y bodegas del pueblo se colmasen de botellas de vino peleón que algunos guardaron como si de crianza se tratase.

Éste era nuestro pueblo y éstas algunas de sus gentes antes de que ninguno de nosotros tuviese conciencia del lugar y el momento que nos había tocado vivir. Sin embargo, la generación que nos precedía y los adultos ya sabían en qué tipo de aguas se desenvolvía la vida cultural, social y política de nuestro país. Los protagonistas de la guerra rehicieron sus vidas en fun-

ción del bando en el que les había tocado luchar: los del bando franquista sin mayores dificultades e imponiendo su doctrina por haber resultado vencedores y los republicanos de nuevo en su aldea después de la cárcel o del exilio, mascullando sus rencores o deseos de venganza para con los otros. Derrotados.

Para los hijos del 36, aquellos que crecieron en la posguerra, cualquier salida de tono en política era contenida con un «tú no te metas en política». Había trabajo para sacar adelante la familia y eso era lo más importante. La política no daba de comer; bien al contrario, solamente traía problemas como se los trajo a Alfredo Morales cuando lo encarcelaron por gritar «Gora Euskadi» a comienzos de los setenta. La resignación era la postura más cauta por aquello de «no hay mal que cien años dure» o «muerto el perro, se acabó la rabia». Y al dictador le quedaba poco tiempo de vida.

Pero había una tercera generación que no se resignaba a que las cosas siguieran así. Fueron los jóvenes quienes dieron el primer paso adelante, primero con la toma de conciencia y después con la materialización de las ideas, con el activismo. Cuando se colocó la primera ikurriña en la veleta del campanario, el sentimiento de aprobación y alegría fue generalizado. Se vivían años de esperar mucho y de estar dispuestos a dar mucho también, y la juventud del pueblo no fue ajena a esa oleada de ilusión transformadora. En ese despertar participaron indistintamente nativos y recién llegados, miembros de familias del bando franquista e hijos de republicanos. Gracias a ellos Urbina ya nunca sería igual, daba comienzo un nuevo tiempo al que los niños nos asomábamos con nuestros ojos abiertos de asombro.

Franco ha muerto

A mediados de los setenta éramos en Urbina más de treinta los niños de entre 6 y 14 años, siendo, con unas 150 almas, el segundo pueblo del municipio en número de habitantes. En el patio de la escuela de Legutiano nos juntábamos los críos de Urbina, Urrunaga, Luko, Miñao Goien y Barren, Erretana, Elosu, Ubi-dea, Landa, Ullibarri, Olaeta... De lunes a viernes, un autobús se encargaba de recogerlos aldea por aldea de buena mañana y nos devolvía a casa a media tarde. Los sábados, afortunadamente, sólo acudíamos a clase por la mañana. En aquel autobús lleno de chiquillos la algarabía era constante, y más de un día llegamos a casa con los traseros escaldados por una vara que Imanol Garaigordobil exhibía amenazante sobre el salpicadero, cosa que ocurría cuando exasperábamos a aquel gigante. Entonces, frenaba bruscamente al borde de la carretera, y con grandes gestos y mala cara sacudía unas azotainas a los más alborotadores. El efecto disuasorio era inmediato, y durante el resto del trayecto nadie decía ni pío. Santa paciencia la de aquel hombre que tenía que aguantar gritos, llantos, cánticos, peleas, chicles en la tapicería, cabezales garabateados...